

La Oveja

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II.

Madrid, 16 de Septiembre de 1894.

Núm. 64.

BELLAS ARTES

LA SOPA



CUADRO DE DON MANUEL GARCÍA HERRERO

ACTUALIDADES



SCAPITULEMOS.

Como dice la gente:—«Ámos á ver.»
¿Qué ha sido lo más notable que ha ocurrido en estos días, en Madrid, Marrakesh y otras provincias de España?

La enfermedad del joven y va sultán de Marruecos, rey de Fez, de Taflete, antiguo de Granada, califa de Córdoba que fué ó que fueron sus antepasados etc.

Enfermedad y muerte del Conde de Paris, y aspiraciones de varios señores á la plaza de Felipe VIII, ó Luis XIX, ó Napoleón V, ó Páco III, ó Enrique VI ó Carlomagno II.

Cocida leve, afortunadamente, de Páco Frasuelo (IV).

Cocida y muerte, ó cocida y páco en Apolo, de la zarzuela *Los Húngaros*.

Es del Ayuntamiento de Madrid.

Es de la Diputación provincial de Granada.

Es de las elecciones de diputados provinciales, permutaciones, combinaciones y vinculaciones y triunfos de España (Cembarain) en toda la línea (de Hospital á Congreso).

Retour de varios personajes, más y menos importantes, á la vida ó á la vía pública.

Ó sea: versión de algunos caballeros al matritense.

Imitación de regreso de otros varios personajes.

Ya lo creo que hay asuntos de conversación.

La política aleta, según unos; colea, en sentir de otros.

Se anuncia la apertura de Cortes.

Verdad es que también se anuncia el sorteo de la lotería de Navidad con algunos meses de anticipación.

Pero *a esto* no puede tirar así, como se leía al pie de una caricatura representando á un par de ministros uncidos á una carreta.

Satira culta, *si bien* delicada.

Se habla de proyectos de asonadas en varias provincias, y aunque no se indica concretamente el sentido de los trabajos perturbadores, se supone que serán, como diría Gedeón, «en sentido inverso».

Con este motivo se arma á la infancia.

Esto es: se organiza en cada capital de provincia un batallón de niños, militarmente amaestrados.

Este ejército es el encanto de los padres, no de la patria, sino sujetos, que tienen hijos armados.

Los niños adquieren, desde sus primeros años, hábitos militares, y se hacen hombres precipitadamente.

Es decir, precipitadamente no; por sus pasos contados: uno... dos, uno... dos.

Para un padre cariñoso es una satisfacción legítima la precocidad guerrera de sus hijos.

Tener un hijo cabo, supongamos, es un motivo de orgullo para padres sensibles.

Como lo es, para una cocinera de la clase módica, tener un cabo ó contar con un cabo de cualquier arma, aunque no sea hijo de familia: vamos, aunque sea «orfelino», como escriben ya algunos cronistas.

«Orfelino», en lugar de «huerfano», porque un senador de la mayoría llama «orfelinos» á los individuos que forman parte de algún orfeón.

Me explico que ciertos ejercicios corporales sean recomendables para la infancia.

Pero que sirvan esos ejercicios como espectáculo para las personas mayores, y, sobre todo, que se dé esos *julapes* á los niños para diversión de los grandes, no me parece bien.

Por otra parte, entiendo que eso son planteles de soldados para el porvenir.

España necesita virilizarse — sostenis días pasados un coronel mi amigo; — salir de este ambiente femenino que respiramos, y que nos enerva.

Que nos enhebra: eso es — afirmó un chico que está en Estados, como oficial de no sé qué grado, no de canuto.

— Mañana puede sobrevenir el conflicto europeo....

— Y nos sorprenda con las manos en los bolsillos — terminó un concejal de buena fe.

— Y á propósito de conflicto, aunque no sea europeo, ¿en qué cree usted, coronel, que parará eso de China? — preguntó el de Estado.

— En que la romperán — contestó el interpelado.

Y después, continuando su interrumpido discurso, dijo:

— España es un país eminentemente agrícola y completamente industrial, y completamente mercantil, y ha de ser completamente militar.

— Y completamente ministerial — observó el chico de Estado: — ya ve usted las últimas elecciones.

— No hable usted de porquerías — replicó el coronel. — Lo preciso, repito, ejercicios viriles, acostumbrar á los chicos á las fatigas.

— A los golpes — continuó otro señor con patillas hereditarias — Por eso, precisamente, defendiendo yo el *sport* taurino, que decimos ahora, las corridas de toros, los cuernos redenturas.

— ¡Qué barbaridad! Guerra, guerra, es lo que conviene á los pueblos — protestó el coronel.

— Hombre — rectificó el aficionado: — Guerra y Mazzantini y Bombita.

— ¡Qué Bombita ni qué.... Pucheta!.... Hierro, mucho hierro para fortalecer la sangre y regenerar esta raza latino-hispánica.

Y el joven de Estado.... honesto, sin poder contener su entusiasmo por la virilidad, del país ó extranjera, afirmó:

— *Yes, very well, chipén.*

— Esta reacción en pro de la educación material de las criaturas nos llevará tal vez á la barbarie. ¡Bendita sea!

— Pero, entre la degeneración social y el salvajismo, ¿es preferible lo segundo ó lo primero?

— No filosofemos. Hasta la mujer se emancipa.

— Hace tiempo — murmuró con tristeza un caballero.

— Ya no es lo que fué: la sierva, la esclava encerrada entre cuatro paredes, los chiquillos y la ropa sucia, hoy se instruye, va al gimnasio, tira las armas, monta en bicicleta. El hombre ha de ir más allá, ó no es hombre.

— ¿En bicicleta?

— En los ejercicios de fuerza y agilidad.

La sociedad se regenera.

Dentro de algunos años, ni las mujeres serán mujeres; ni los hombres hombres, ni los niños niños.

Ó como diría cualquier Cacaxeno:

Que no habrá hombres, ni mujeres, ni niños, sino fieras.

EDUARDO DE PALACIO.



¡LO QUE SON HOMBRES!

I.

¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué desgraciada soy! Mi marido no me quiere, no me cabe duda.... No me quiere, y... lo que es mucho peor, ¡me engaña!.... ¡Pícaro! ¡Bribón! ¡Qué hipocresía!.... El que le vea en casa pensará que es un marido modelo.... ¡Cuántas atenciones; cuántos cuidados; cuántos obsequios!.... ¡Y luego!.... ¡Ay Dios, si no quiero



Esteban

ni pensar! Cuando me deja después de hacerme mil cariños y mil protestas de su amor, va á caer en los brazos de otra! ¡Y de qué otra! ¡De la Carini, una ex bailarina, cuya historia es un tejido de escándalos y picardias, y cuyo solo trato mancha y envenena!

Es necesario que mi marido haya perdido todo decoro y hasta el último resto de dignidad cuando ha llegado tan abajo. Nunca le hubiera creído capaz de engañarme; pero en todo caso, si había de engañarme, pues al fin es hombre, engañárame siquiera por una mujer virtuosa... Digo, eso no puede ser.... No, mejor era que no me engañase con ninguna.

¡Pobre de mí! ¡Qué hombres! ¡qué hombres! Si al fin y al cabo todos....

Digo, no todos. Si yo hubiera hecho caso á mi primo Aurelio, como mi tia Eustaquia pretendia, otro gallo me cantara. ¡Pobre Aurelio! Ese sí que me amaba de veras. Bien me lo decia él:—«Si, Carmencita, prima adorada, puedes estar segura de que nunca has de encontrar nadie que te quiera como yo. Si tú no me quieres, ¡qué he de hacer yo sino resignarme! No te importe lo que te digan mi madre ni la tuya sobre las ventajas que tendrías con querermé; no, no quiero que el corresponderme te cueste la menor violencia. Muera yo y lógrese tu gusto. Sé que eres superior á mí, que no te merezco.... Pero ten la seguridad de que cualquiera que valga más que yo, ha de sentir menos adoración por tí que la que yo siento »

Y así seguia el pobre, y me prometia que, sucediera lo que sucediera, habia de amarme ¡siempre, siempre!....

Y lo ha cumplido. Estoy segura de que, á pesar del tiempo transcurrido, me quiere todavia. Es verdad que se ha caado. ¡Y qué habia de hacer el pobre al verme casada! Después de todo, aun debo agradecersele, porque en su matrimonio ha buscado una defensa contra el amor que sigue sintiendo por mí. Desde que se casó no ha vuelto á hablarme, ni indirectamente, de sus antiguas pretensiones.

Y cuidado que necesita virtud mi buen primo para no ser desleal á su mujer. No sé cómo la puede aguantar. Ella buena es, eso sí; y en cuanto á guapa, habrá pocas que se le pongan por delante; pero en cambio tiene frito á su pobre esposo con eso de tener celos de todo el mundo.... ¡Y qué celos! ¡Aquello de no dejar á mi primo á sol ni á sombra! ¡Yo creo que hasta tiene celos de mí!....

No, y lo que es en eso no le falta razón, porque Aurelio está cada día más enamorado de su encantadora prima, como él me llama. Nada me dice porque es esclavo de sus deberes y le inspiro un respeto como el que puede inspirar una santa á un buen creyente; pero en el fondo.... ¡en el fondo!....

¡Y entretanto mi marido, el preferido de mi corazón, me engaña pública y descaradamente para con la sociedad, á lipiderita y tiuido para conmigo!....

¡Y por él desdeñé á mi fiel y constante primo Aurelio!....

II.

Ya estoy segura de la traición de mi marido. Si alguna duda podía caberme, esta carta me la ha desvanecido por completo. La primera que sustraje del bolsillo del gabán de Manuel me puso sobre la pista; pero esta es una prueba plena. Está en francés; pero yo lo entiendo lo bastante para enterarme de todo.

«Mi gato: Yo voy al baile esta noche y yo te atiendo. Palco número 3. Acuérdate que me has prometido de traerme aquel brazalete, y nunca no me lo has traído....»

¿Ella va al palco número 3?... Pues yo tengo en el bolsillo el número 5. Yo también voy al baile, sí, señor. Y estaré junto á ellos, y los miré.... y los sorprenderé.... y los dare un escándalo.

Mi marido cree que soy una mosquita muerta.... Esta noche va á ver la mosquita muerta que tiene en casa.

Estaba por ir con mi primo. El me acompañaría de muy buena gana.... ¡Ya lo creo que me acompañaría!.... Pero, no; eso es un disparate.

Me acompañará la costurera, que es mujer práctica.

Manuel dice que esta noche se queda á velar á un amigo enfermo. ¡Qué ingenioso pretexto.... y qué nuevo! Es lo que se les ocurre á todos los maridos infieles de todas las comedias que he visto. Se figura que yo me lo he creído.... Mejor; así será más seguro el golpe.



Estanoy

III.

¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza! ¡Qué escena la de anoche! Tuve la suerte de averiguarlo todo; pero, ¡qué rato tan horrible! ¡Qué mujer aquella, la Carini!... En mi vida he visto mayor desvergüenza. ¡Y tuve que oír! Claro, nuestros palcos estaban juntos y no hubo más remedio. A nadie he oído decir tantas atrocidades.

Pero, ¡qué hombres, qué hombres! ¡Qué decepción, qué desencanto! Por lo que oí anoche, lo sé todo de una manera indudable.

Mi marido es inocente; lo del amigo enfermo era verdad.

¡El infiel, el libertino, el amante de la Carini, es mi primo Aurelio!

¡Sinvergüenza! Esa mujerzucha le escribía a casa, (con sobre a Manuel, para burlar los celos de la otra.

¡Fíese usted de los amantes románticos y respetuosos!... ¡Qué hombres!

José ESTREMEBA.

S Í Ó N O

YE, andaluza chiquita,
tú, la que eres más hermosa,
más alegre, más graciosa,
más simpática y bonita;
óyeme, que te hablé á ti,
la de los ojos pequeños,
que aunque pequeños, son dueños
enteramente de mí;
y que tienen más salero
al mirar con picardía,
que si así sigues, el día
menos pensado me muero,
por ti, se entiende, no creas
que yo me quiero morir,

que sólo anhelo vivir
por realizar mis ideas;
pues queriendo, ó sin querer,
y con ó sin intención,
me das la gran desazón
siempre que te voy á ver;
y pues te amo con locura,
¿por qué no he de ser tu amante,
si tienes en tu semblante
retratada la hermosura?

Y sólo por esto creo
que te quiero, ¡sí, señor!
Pues si en tu cara está Amor
al mirarte á ti, le veo,

y como con frenesí
le quiero, y por él me muero,
comprende que si le quiero
tengo que quererte á ti.

Sólo me inspira un temor
que me trae loco perdido,
y es que, niña, he aprendido
que el amor es muy traidor,
y que á veces se equivoca
sólo por hacer traición,
y en lugar del corazón
nos da el flechazo en la boca,
haciéndonos así hablar
de un cariño que es fingido,
no habiendo su flecha herido
á quien queremos amar.

Por esto, niña adorada,
no me atrevo á declararme,
por miedo de equivocarme;
mas si está bien colocada
la flecha, y el mutuo amor
es un hecho, yo te ruego
hagas lo que digo luego,
que en ello me harás favor.

El día que vaya á verte,
con tus ojos, hacia mí,
me dices seis veces sí,
y entiendo que he de quererte,
que yo este lenguaje entiendo
de cerrar y abrir los ojos,
y me postraré de hinojos
al tener lo que pretendo,
y con placer ese día
te hablaré, y se alegrará
mi cariño al tener ya
el tuyo que pretendía.

Ahora, pues, te tora á ti
decir qué quieres....

— ¡Qué no!
¡Buen chasco, créala yo
que me dirías que sí!

CUANDO DIOS DA, DA PARA TODOS



CUADRO DE D. FEDERICO JIMÉNEZ.

GASPAR ABATI.

LAS CÉDULAS

DEBUTOS DE CILLA.



Lo que yo me alegraría de casarme con Rosario, para poner en la cédula: Lino Pérez, propietario!

Y fastidian con eso de querer cobrarnos la cédula por la casa en que vivo. (Porque como tengo el domicilio en uno de los quicios de la Equitativa!)



Pues si te parece, dejaremos eso de la boda para más adelante, porque he sacado ya cédula de soltero y me daría pena volver a molestar á los de la expedientaría, porque, ¡si vieras qué ocupados están los pobres!



Si por guapo y por garboso yo debería pagar la cédula se expendiera, la primera de primera.

El relevo en Palacio

CUADRO POPULAR

Hacia la plaza de Oriente
bajan los alabarderos,
con los *tricornios* calados
y las bandas sobre el pecho.
Elevados de estatura,
proporcionados de miembros,
airosos de continente
y uniformados y apuestos,
al son del alegre ritmo
que tocan sus instrumentos,
se dirigen á Palacio
á presenciar el relevo.
Del arte de la armonía
son consumados maestros,
y su presencia es amada

entre la gente del pueblo.
Miradlos por la pendiente
marchar en orden correcto,
sin discrepar en un paso
ni en un sólo movimiento.
En atriles diminutos
llevan el papel sujeto,
el papel donde va escrito
el vals que lanzan al viento.
Con notas van recitando
las líneas de signos negros,
y al par que tocan y tocan
van leyendo, van leyendo.
Piensan, al verlos, los ojos,
que camina un solo cuerpo;

faldones, piernas y espadas
se mueven á un mismo tiempo.
En sus galones dorados
el sol derrama reflejos,
y en los metales oscila
con vivo mariposeo.
El vals que suena, derrama
franca alegría en los nervios,
y subleva á las palomas
que vuelan por los aleros.
Dan entonces con las alas
un vibrante palmoteo,
como aplaudiendo de gozo
el inspirado concierto,
y los canarios cautivos
en sus prisiones de hierro,
estallan en armonía
como un cohete en destellos.

Abajo bulle la gente
en zumbador hormiguero,
disfrutando al aire libre
de sol y música á un tiempo.
Agudo son de cornetas
indica mandos diversos,
y el cuadro bélico rasga
el espacio con su estruendo.
Y mientras truena el bullicio
y redobla el movimiento,
y la banda sus acordes
cambia de ritmo ó de metro,
allá en un friso bordado
dos palomas se dan besos,
y parecen colocadas
para un idilio de Lengo.

SALVADOR RUEDA.

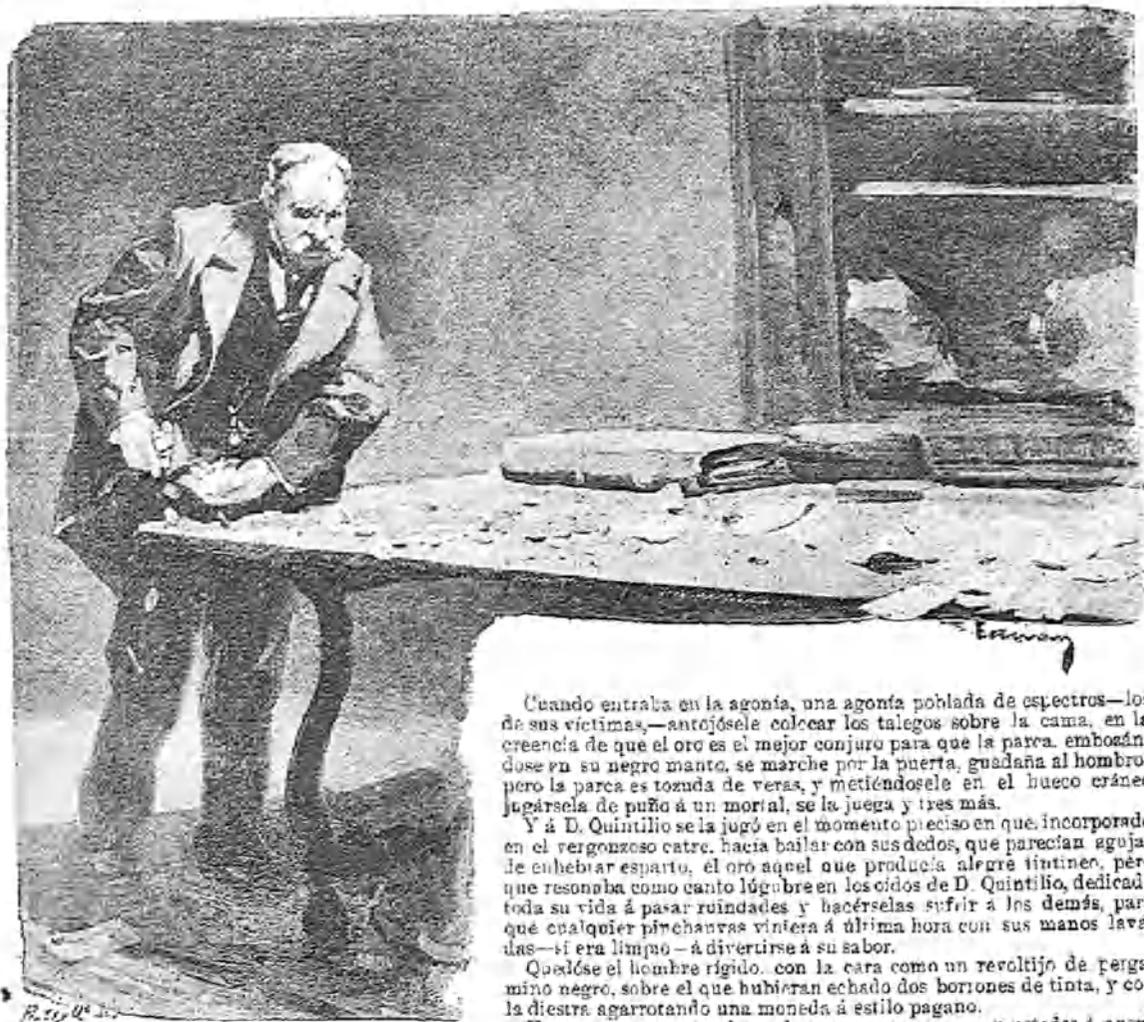


EL PRIMER USURERO

(CUENTO PAGANO)

I.

Pudo muy bien este D. Quintilio de mi magín nacer en los años del rey Wamba, ó del rey que rabió, que el detalle ni quita ni añade sustancia á su historia: lo que por sabido se calla es que murió—como cada hijo de vecina—peor, si cabe, porque con pena y dolor sobrados dejaba el hombre huérfano de sus celosos carinos á unas cuantas talegas de oro—(que en las pasadas edades ha habido oro, muchísimo oro, aunque esto en la actualidad parezca un cuento chino). Murió suspirando por los maravéses, que tantas penas, sustos, lágrimas, maldiciones y azoramientos, iniquidades, violencias, gente de justicia y papel sellado originaron para que los reuniese aquel señor, que acudía como providencia antipática á remediar necesidades ajenas, y luego, a lo buitro, clavaba las uñas en las metálicas entrañas de los incautos menesterosos.



Cuando entraba en la agonía, una agonía poblada de espectros—los de sus víctimas,—antójósele colocar los talegos sobre la cama, en la creencia de que el oro es el mejor conjuro para que la parca, embozándose en su negro manto, se marche por la puerta, guardada al hombro; pero la parca es tozuda de veras, y metiéndosele en el bucco cráneo jugará de puño á un mortal, se la juega y tres más.

Y á D. Quintilio se la jugó en el momento preciso en que, incorporado en el vergonzoso catre, hacia bailar con sus dedos, que parecían agujas de enhebrar esparto, el oro aquel que producía alegre tintineo, pero que resonaba como canto lúgubre en los oídos de D. Quintilio, dedicado toda su vida á pasar ruindades y hacérselas sufrir á los demás, para que cualquier pinchanza viniera á última hora con sus manos lavadas—si era limpio—á divertirse á su sabor.

Quedóse el hombre rígido, con la cara como un revoltijo de pergamino negro, sobre el que hubieran echado dos borrones de tinta, y con la diestra agarrotando una moneda á estilo pagano.

Y aunque los prestamistas siempre son atecs, vayan ustedes á averiguar si D. Quintilio murió en la creencia de que no era cosa de niños la de que, para ser transportado en calidad de sombra al otro lado del Aqueronte, era preciso pagar en buena moneda á Carón.

II.

Supongo que ustedes creerán, bajo mi palabra honrada, cuanto voy contándoles, porque, si no creen lo que va dicho, Dios me asista ahora en que la pluma ha de meterse, si no en honduras, en tracamandanas estupendas; es el caso que el cuerpo de D. Quintilio queióse aquí abajo—como es lógico que ocurra, y si otra cosa dijese podría pasar, sin protesta, por el inventor de volar bueyes por el aire,—y el espíritu, al separarse de la arcilla mortal, traspasó la capa atmosférica y fué á caer precisamente en el planeta que más brilla en el cielo: Venus.

El tal espíritu colóse, por arte de babilirloque, en el garbido cuerpo de un mozo guapo, lleno de vida y ansioso de ocuparse en tan excepcional mundo en la única ocupación en él posible: la del amor, máxime en tanto que allí la mujer más fea es la Venus de Milo, que aquí, entre nosotros, es el prototipo de la belleza plástica... ¡Conque, si así son las feas, qué

no serán las guapas!... Ayúdenme ustedes á sentir el no vernos en tal planeta, y quiera Cupido que, con sólo pensarlo, la boca no se les haga á ustedes tanta agua como á un servidor....

Pero á D. Quintilio parece ser que le conocieron el Maco, porque mujer á quien se arrimaba para decirle lindas, mujer que le enviaba á paseo.

Calculen ustedes si esto será divertido en un país en que la existencia es un perpetuo idilio, y que ni se come, ni se bebe, ni se duerme, ni se hace otra cosa que amar á la Futana y la Menganita, y á cuantas parezca bien, porque allí las damas están en una proporción de 100.000 por galán.

Don Quintilio pasó años y años en el triste papel de contemplar á todas horas los más dulces y sabrosos colóquios, y como perro errabundo que husmea hambriento una espléndida merienda, anduvo el hombre de aquí para acullá, sin ser atendido en lo más mínimo por alguna de las innumerables bellezas que á tan mal traer traíanle....

— Ah, si yo estuviera en mi tierra, ya se lo dirían á estas ciudadanas de maravillas.

Y lo que le desesperaba hasta la locura, era el ver á muchos de sus deudores (que cometieron con él la estafa de morirse antes de tiempo) de bureo, con las mejores mozas, hechos unos D. Juanes irresistibles.

Después de mucho pensarlo, D. Quintilio decidió preguntar á uno de los ciudadanos del planeta, que era algo así como un Vargas, que sabía las cosas más difíciles de averiguar:

— Hombre, ¿quiere usted hacerme el favor de decirme á qué obedece tanta iniquidad como me tienen las señoras de por acá?....

— Amigo mío—replicó el de Venas,— eso consiste en que en tu planeta has sido esclavo del oro y no has sabido proporcionarte otro goce que el de amontonarle con sobrada estupidez. Por eso purgas aquí ahora tu majadería: en Venus no se disfruta más que del amor, y tú, como no sabes de él ni palabra, jamás serás amante de ninguna, porque todas nuestras mujeres creen que, en vez de corazon, tienes un palazo de metal.

III.

Al cabo de los años mil, D. Quintilio cayó del planeta Venus al de Marte, y aquí le quiero ver, prestamista!... Encontróse con unos hombres como castillos, que no se daban á mejores juegos que andar rompiéndose la cabeza por gisto de manejar mandobles y mazas; y como en tal mundo los trabajos son más ligeros, pueden recorrerse dobles distancias y saltar triple que en el nuestro, cayósele á D. Quintilio el alma á los pies al ver que le embutían no muy animosamente en una monumental armadura de hierro, incluyéndole de tal traza en el grueso del ejército enemigo de los hijos de Marte.

— Y esta guerra, ¿cuánto durará, sobre poco más ó menos? — preguntaba el hombre ahogándose de miedo y pesadumbre dentro de aquella armadura, que pesaba tanto como el blindaje de un buque de guerra.

— ¡ Dos siglos! — respondió, con el mismo desprecio que le dijera dos segundos al que parecía capitán del ejército.

Y dos siglos estuvo D. Quintilio amado de todas armas, sufriendo los azates de una guerra como no podría soportar: dos siglos metido dentro de la armadura, sin dormir ni descansar, siempre alerta, convertido por su pusilánime temperamento en cabeza de turco de todos, echando los bofes á cada paso, hambriento, aspeado, renegando de sí mismo.

— Pero, ¿por qué estoy yo aquí?... ¿A qué he venido?... — lamentábase amargamente á un compañero.

— Muy sencillo: ahí abajo, en vez de defender á tu patria, has defendido sólo tu dinero.... Ahora apreciarás lo que es esta lo uno y lo que vale lo otro.... Este combate no es sino una representación más larga de los que á diario están blan los hombres por sus ruinas y ambiciosas miras.

Al final de la guerra diéronle á D. Quintilio pasaporte para el planeta Mercurio.

IV.

— ¡Aquí, aquí si que voy á estar en mi elemento!—decíase el prestamista frotándose las manos de gusto.

Pero se le cayó el palo del sombrero al ver que, sin más presimbolos, acudían á recibirle unos niños que llevaban por pies unas ruedecitas de plata, y que sin darle explicación alguna le encerraban en una caja forrada de oro.

Encontrábase allí solo, sin luz y sin moscas, porque hay que advertir que era de noche y que en Mercurio son desconocidos tales dípteros.

A la mañana siguiente D. Quintilio sintió sed y se acercó á un grifo que sobresalta de la pared. Dió llave, y un chorro amarillento—como si fuera manzanilla—bañó sus resecos labios. El chorro era de oro líquido.

Entráronle ganas de comer, y los fiambres resultaron de la misma materia que lo que salía del grifo.

Quiso echarse á descansar, y al cuerpo se hundía en algo como polvillo de oro; intentó cantar una copla, y el eco de su garganta era un tintineo, como si dos monedas chocasen rítmicamente en el aire.

Todo esto era horrible.

Cien años estuvo D. Quintilio, como albuja en estuche, metido en su dorada prisión.

Al salir de ella quedó como atontecido; la luz solar, que sobre tal mundo cae como fuego, dábale de lleno en la cabeza; llevése á tal giro las manos, y vibraron como si dos planchuelas metálicas se hubieran unido; admitido de esto, dirigióse á sí mismo una mirada de inspección: su vientre reflejaba el sol.

— ¡Gran Dios! ¡Estoy convertido en un cacho de oro que anda—haluciné consternado.

Los ufos de las suelas de plata, enseñándole el vacío, le dijeron:

— ¡Fué extinción aquí ha terminado. Debemos lanzarte al gran mundo.

Y le empujaron á él.

V.

— ¿De dónde vienes?—le preguntó un anciano de lengua y cañosa barba.

— De Mercurio.

— Me lo sospechaba. Y antes, ¿dónde has estado?

— En Venus y en Marte.

— Muchos son tus pecados cuando tales aspiraciones te merecieron. ¿Eres hijo de la Tierra?

— Sí, señor.

— En qué te ocupabas en tu mundo?

— En favorecer la necesidad del prójimo.

— ¿De interés solamente?

— A malísimo interés....

— ¿Cuánto?....

— ¡Me mensual!

— ¡Horror! ¿Qué dices!.... Eso es un robo.

— Menos interés sería regalar el dinero....

— Calla, calla: eso es una intemperancia.... Muchos mil ones de seres han desfilado por aquí, pero ninguno cometió, como tú, tan atroz delito.... No mereces entrar aquí en el cielo ni entrar jamás allí que haya hecho lo que tú.... ¿O pierdo yo la memoria?....

Y los brazos del anciano rechazaron bruscamente á don Quintilio, que cayó de espaldas en el vacío.

Si contemplas el cielo—sobre todo en noches estivales,— fijas en las estrellas fugaces que, precipitándose en nuestra atmósfera, se extinguen de repente: son prestamistas condenados á errar perpetuamente á través de los espacios como erraron siempre en su vida alrededor de las desgracias del prójimo.



AL LLEGAR Á MADRID

Un amigo que me va.
 —¡Hombre! Viene usted más grueso.
Otro amigo.—¿Cómo es eso?
 Qué delgado viene usted!
El portero, en la escalera.
 —Sea usted muy bien venido.
 Aquí nada ha sucedido
 mientras ha estado usted fuera.
La portera.—Mientes, Blas,
 que robaron hace un mes.
Blas (á mí).—Pero después
 hubo un fuego nada más.
Mi pariente don Arturo.
 —Largo ha sido el veraneo;
 pero, en fin, ya que te veo,
 ¿me podrás prestar un duro?
La mamá de mi criada.

—¿Qué ha hecho usted con mi Teodora?

Yo.—¿Va usted á refirme ahora
 porque viene..... muy tostada?

Eso..... al sol, que yo no he sido.

Ella.—Perdón, caballero.

Mi esposa.—Dame dinero
 para comprarme un vestido.

El casero.—¿Á usted quizás
 se le habrá hecho el tiempo breve?
 Pues sepa usted que me debe
 el mes de Junio y tres más.

Uno que lo oye.—¡Infeliz!

Un tanto de capirote.

—Veo que traes el bigote
 debajo de la nariz.

El aguador.—¡Bien venido!

Mi jefe.—¿Al fin? ¡Ya era hora!

El padre de mi señora.

—¡Qué negrucha la has traído!

Un doctor.—Haz vida quieta.

Otro.—Muévete, por Dios.

Yo.—¡Qué bien estáis los dos
 para hacerme una receta!

Un empresario.—¡Más de una
 comedia traerá usted hecha!

Un autor que no peleecha.

—No estrenes obra ninguna,
 que hay críticos á montones
 que sólo gozan pegando.

Un vendedor (pregonando).

—¡Melones buenos, melones!

Abui.—Me desesperas
 tardando en mandarme coplas.

Yo (á mi musa).—Si me soplas,
 te convido á lo que quieras.

Un deudor.—¡Pronto has venido!

Un inglés.—¡Cuánto tardaste!

Cierta dama.—¿Me olvidaste?

Yo (á la dama).—¡No he podido!

Un alguacil muy hurtaño
(que está enfermo de la médula).

—Aquí tiene usted la cédula
 correspondiente á este año.

Mi bolsillo.—¿Eso también?

Yo.—¡Reniego de mi casta!

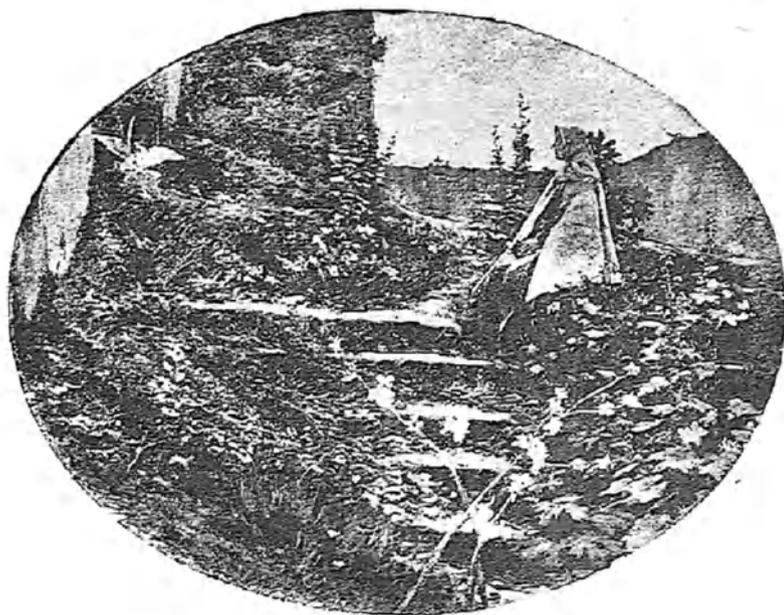
El lector.—¡Hombre, ya basta!

Yo (al lector).—Está muy bien.

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

NOTA ARTÍSTICA

CARLOS VÁZQUEZ Y ÚBEDA



RECUERDOS DE AMOR

Y VA DE CUENTO

Llegó de noche un baturro
á la posada de un pueblo,
y encargó, con interés,
que le despertaran presto,
porque al despuntar el alba
quería seguir de nuevo
su camino, con la fresca,
y dijole el posadero:
—«No tenga *cuidiao*, amigo,
quedará usted satisfecho,
que hay en esta casa un gallo
que canta una hora lo menos

antes que el sol *aparezga*,
más fijo que un *cronometro*.»
En aquella confianza
se entregó el baturro al sueño,
despertando cuando el sol
alumbraba su aposento.
Sin aviso del patrón
se alzó de prisa y corriendo,
sacó el burro, y, al salir,
notó que en el gallinero
estaba el gallo muy grave,
y agarrándole del cuello

le dió un solo torniscón
y le dejó sin aliento.
Metió al gallo en las alforjas,
y á un mozo que halló barriendo
el portal, dijole alegre:
«*Chiquio! avisa al posadero
que me llevo su reló
porque anda mal, y deseo
saber si en Calatayud
hay quien pueda componerlo.*»

EDUARDO SACO.



LOGOGRIFO NUMÉRICO

POR ÁNGEL VOLPATTI

1 2 3 4 5 6 7 8 9	En América.
3 7 1 5 1 6 4	Color.
6 9 2 6 1 2 7 1	En el Asia.
3 2 7 1 6 9	Hendidura.
6 7 3 2 1	Animal.
6 7 8 9	Recipiente.
4 2 9	Época.
4 8	Preposición.
5	Consonante.

JEROGLÍFICO, POR A. NOVEJARQUE

100. 50. MILANO. 50.

DOBLE COMBINACIÓN

TRAS DE UN ACRÓSTICO

POR A. NOVEJARQUE

.
.
.
.
.

1.º Reemplazar los puntos y las estrellas por letras, de modo que leyendo en la línea de puntos, ó sea el acróstico, un nombre de mujer, se lea horizontalmente:

Guiso.—Parte del ave en diminutivo.—Tiempo verbal.—Marisco.—Nombre de mujer.—Nombre de varón.

2.º Variar el orden de colocación de las cuatro últimas letras de cada palabra ó sean las estrellas (sin tocar el acróstico), y entonces, en vez de los seis significados anteriores, se leerán estos otros:

En las casas.—Tirano.—Adjetivo.—Pro-nombre en plural.—Suerte del torero.—Nombre de mujer.

LOGOGRIFO, POR A. NOVEJARQUE

Soy francés muy conocido,
con ocho letras me escriben,
y de mí sacar podéis
estas palabras que siguen:
prenda de vestir, pecado,
lo que verás en las calles,
dos adverbios, un teatro
y dos notas musicales,
interjección, dos artículos,
embrollo, para coser,
un tiempo verbal, bebida,
también nombre de mujer,
un verbo, corriente de agua,
de música un instrumento,
y para final, lector,
lo ves en barcos y viento.

FRASE HECHA, POR A. NOVEJARQUE



SEMBLANZA HISTÓRICA

POR ÁNGEL SERRÓ

Aquí en la Corte nació,
lucros alcanzó en la guerra,
muchas penas en la tierra,
donde también disfrutó.
El traje talar vistió
y fué un modelo con él,
mil coronas de laurel
conquistó sólo en la escena;
murió, y pública pena
mostróse al golpe cruel.

ATRAER

—Atraerás el corazón
si haces lo que te propongo:
lávate con el jabón
de los PRÍNCIPES DEL CONGO.

Jabonería Victor Vaissier, place de l'Opera, 4, Paris.

ACRÓSTICO CENTRAL

POR ÁNGEL VOLPATTI

A	*	*	*	*
T	*	*	*	*
S	*	*	*	*
A	*	*	*	*
J	*	*	*	*
E	*	*	*	*
C	*	*	*	*
M	*	*	*	*
A	*	*	*	*
P	*	*	*	*
O	*	*	*	*

Llenar las estrellas y los puntos que, horizontalmente, se lean nombres masculinos, y las estrellas, verticalmente, formen el nombre de una gran capital de un Estado.

SOLUCIONES

À LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO 63.

A LA CHARADA: A-rit-mó-ti-ca.

AL SALTO DE CABALLO:

Las soluciones de los pasatiempos de este número se publicarán en el siguiente.

AL METAGRAMA: Lana.—Lena.—Lina.—Lona.—Luna.

Las soluciones de los pasatiempos de este número se publicarán en el siguiente.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES
QUE SE NOS REMITAN